

A la mayor brevedad posible

José Lorenzo Fuentes

LA ÚLTIMA CARTA DE JESÚS DÍAZ QUE RECIBÍ ESTABA fechada el 8 de febrero y empezaba diciendo: «El Fondo de Cultura Económica me ha encargado la elaboración de una antología de cuentos del exilio que habrá de presentarse en la Feria del Libro de Guadalajara en el mes de noviembre de este año. Tu nombre no puede faltar, por supuesto. El problema está en que debo entregar la antología completamente terminada en un mes a partir de la fecha». Escasamente tres meses más tarde desplegué el periódico mientras desayunaba y me encontré con la foto de Jesús en primera plana. Pensé con vertiginosa rapidez: «Qué bueno. Debe haber obtenido un importante premio literario». Pero no, en la parte superior de la foto se daba la noticia de su muerte. Devoré con impaciencia la información, todavía negándome a darle crédito, y me enteré de que lo habían encontrado muerto en su cama una mañana no mucho más diferente que las otras de Madrid.

Pasar del sueño a la muerte es un privilegio. Todos en algún momento, en que la idea de la desaparición física nos ha rondado, hemos deseado despedirnos del mundo en esa forma, sin el previo ingreso a un hospital, sin mirar desde la cama el entrecejo fruncido de un médico que acaba de dar con el diagnóstico sombrío e inapelable. Recordé el resto de la carta de Jesús: «Te ruego, por favor, que me envíes por e-mail a la mayor brevedad posible los dos cuentos tuyos publicados en el exilio que más te gusten». Me detuve en esas cinco palabras: *a la mayor brevedad posible*. ¿Se refería Jesús a las exigencias de la editorial, o estaba presintiendo su muerte próxima?

Ahora, con detenimiento, pienso que no, que acaso su carta con esas cinco palabras no era un indicio de estar sospechando su muerte tan cercana, por la sencilla razón de que para Jesús era una costumbre productiva realizarlo todo a la mayor brevedad posible. De otro modo no le

hubiera sido posible sacarle tanto provecho a los días que le adjudicó el destino. ¿Cómo escribir tantos cuentos, tantos artículos periodísticos, tantas novelas caudalosas, y al mismo tiempo dirigir una revista, solicitar colaboraciones, escribirle a los amigos dispersos, atender a las solicitudes de la familia, concebir un guión de cine, revisar los textos que saldrían en cada número de *Encuentro*, cómo hacerlo todo sin tener como divisa esas cinco palabras: *a la mayor brevedad posible?*

Los versados en parasicología, los que opinan que este mundo ilusorio es sólo el tránsito hacia otro más real, afirman que el único gran pecado que puede conducirnos directamente a la condenación eterna es no haber aprovechado el tiempo que se nos concedió. Ninguna mojigatería es una vía de acceso a la dicha celestial por mucho que retumben los golpes de pecho: sólo se nos exige dedicarle toda la pasión posible a la vocación o la destreza que Alguien colocó en nuestras manos en el momento de nacer.

Jesús lo sabía, y por eso ahora, desde la inmortalidad, nos hace un guiño cómplice, que es una invitación a trabajar.

